



CUERPO SOCIAL

En esta sección el cuerpo es abordado como entidad social y receptáculo de resistencias, como sistema dinámico de relaciones y percepciones. Tres ensayistas exponen nociones asociadas al hombre como ser *sensible* y al individuo como ente sujeto a condiciones sociales complejas, en las que el cuerpo es transformado y aprehendido como indicio de resonancias. Ricardo Gil Otaiza, Elizabeth Marín y Arelys Rondón se encargan de afrontar y bosquejar, cada uno desde su línea de investigación y su concepción del cuerpo en sociedad, ese fenómeno sensible e individual, crítico y colectivo, que enmarca a todo cuerpo/sujeto. Hemos incorporado la perspectiva rousseauiana en este espacio, porque la naturaleza, en general, del hombre, -para el filósofo francés- puede empezar a ser contada desde sí mismo y desde su conciencia corporal.





Un arte de vivir

Ricardo M. Gil Otaiza

RESUMEN

Desde el género ensayístico se ahonda en la noción del cuerpo como lenguaje universal, así como desde su articulación e interacción consigo mismo y con los otros (el todo y las partes), lo que permite una visión integral de la persona como individuo y como sociedad, que vaya más allá de lo biológico y utilitario (cosificación de la condición humana) para adentrarse en el terreno de la Ética. Se plantea así, bajo la concepción moriniana del pensamiento complejo, un arte de vivir, que busca la conjunción de principios y de valores que conduzcan a la hominización del ser y a la conquista de un mundo mejor, en el que sea posible la paz, el desarme y la misericordia como piezas claves para la construcción de la verdadera vida.

Palabras Clave: Cuerpo, arte de vivir, ética.

ABSTRACT

From the essayist genre, the notion of the body as a universal language is deepened, as well as its articulation and interaction with itself and with others (the whole and the parts), which allows for an integral vision of the person as an individual and as a society, going beyond the biological and utilitarian (reification of the human condition) to enter the field of Ethics. Thus, under the morinian conception of complex thought, an art of living is proposed, which seeks the conjunction of principles and values that lead to the hominization of the being and the conquest of a better world, in which peace, disarmament and mercy are possible as key pieces for the construction of true life.

Keywords: Body, art of living, ethics.



“La reforma de la vida es, en primer lugar,
la conquista de un arte de vivir.”

Edgar Morin.

La Vía. Para el futuro de la humanidad¹

A mi esposa e hijas

Todos nuestros actos están determinados por una ética; incluso aquellos que contradicen su noción en nuestras vidas. Así como lo es en lo individual, en lo atinente a mi persona, resulta también esencial en los otros, es decir, en lo social. Desde muy niños se nos inculcan valores y esa introyección deberá darse en la medida en que busquemos asirlos, hundirlos en lo más profundo de nuestro ser, asimilarlos en nuestras vidas como lo hacemos con el oxígeno que respiramos o con los alimentos que ingerimos. Ahora bien, ese hiato que se abre entre la persona que conoce los valores, pero no los ha internalizado en lo más recóndito de sí, es la diferencia entre la ética como mera abstracción intelectual (aquella que es colgada en pancartas y vallas que rezan unos principios y unos valores que nadie cumple) y el ethos, como forma de entender y de vivir una vida signada por el respeto y la solidaridad con el otro.

Con ethos se quiere decir otra cosa: no, en primer término, una doctrina o un sistema, sino la interna actitud fundamental, moral y ética de un hombre que se rige de acuerdo con determinadas normas y reglas cuyo criterio es la conciencia, es decir, una actitud fundamental que en el fondo determina todo su comportamiento. Y a favor de este ethos vale la pena preguntarse: ¿Qué es lo que realmente ha de determinar mi actitud ética fundamental?²

¹Morin, Edgar. (2011). *La Vía. Para el futuro de la humanidad*, p. 247.

²Küng, Hans. (2002). *¿Por qué una ética mundial?*, p. 27.

Es por ello, que podemos tener existencias perfectamente ancladas a un arte de vivir, o simplemente deambular en los espacios íntimos y sociales como si hubiésemos sido puestos sobre este planeta (o emergido de él, como creemos algunos), sólo para satisfacer a ultranza hasta el último de nuestros caprichos, independientemente de si nos llevamos a todos por delante. La conjunción de esto se entenderá así como la resultante exponencial de un comportamiento individual, que se hace compartido, y que marcará la diferencia entre un colectivo sano, armonioso, en un equilibrio casi osmótico, y una sociedad enferma de odio y de arbitrariedad, en la que cada cual deberá salvar su pellejo a costa de los otros.

Para que toda esta noción tenga un sentido y una lógica no bastará sólo con el deseo y con el propósito de enmienda, como lo plantean algunas religiones, sino que deberá darse un auténtico salto cualitativo que busque transformar nuestras vidas a lo interno (persona, familia y entorno), y que esto se multiplique hasta hacerse parte de nuestra manera de entender lo que soy, y lo que implican los demás en mi cotidianidad. Mi existencia sin la asunción de la alteridad, es una gran mentira. Se requiere entonces que la concepción del yo se erija también en un nosotros, y así de esta manera podamos comprender lo que significa la vida en sociedad, en conjunto, en la que cada cual sea interdependiente, sin que esto implique esclavitud, sumisión o vicio.

La concepción del yo que interactúa con los otros en esa dinámica que se hace en sí misma un arte (el de la vida), parte desde un cuerpo orquestado bajo una visión integradora, que busque articular lo disjunto (visión simplista del Ser) hasta alcanzar una auténtica interrelación entre sus partes. La visión simplista de la existencia se conjuga de tal manera en nuestra mente, que terminamos por creer

que somos un conjunto de órganos que forman sistemas, y la suma de éstos trae consigo un cuerpo. Es decir, una noción fragmentaria de nosotros mismos, al no comprender la necesaria articulación e interdependencia que existe entre cada parte constitutiva de ese todo, y de la existencia misma. Este pensamiento disjunto implica el que olvidemos que como personas nos interrelacionamos entre nosotros y con el mundo, hasta el punto de establecerse una real interdependencia que hace posible eso que llamamos vida. No somos solo un cuerpo colocado sobre un planeta, sino la trama posible de dimensiones, que por inasibles (algunas de ellas) no dejan de ser reales.

De los antiguos nos llega la noción de mente, cuerpo y espíritu, ampliada al medioambiente (y al universo): como ese gran contexto en el que nos movemos y nos realizamos como especie, entre las otras especies. El cuerpo humano (también el de los animales y el de las plantas) es la resultante de la inter-retroacción de diversas variables, sin cuya actuación sería inviable la existencia, y esta conciencia de nosotros (y de lo que nos rodea) nos hace responsables en lo personal y frente a la sociedad.

La irrupción del Covid-19 nos lleva a la necesaria reflexión ontológica de seres con un cuerpo articulado e interrelacionado (a lo interno y hacia el mundo), en medio de una compleja urdimbre de circunstancias que trae consigo la certeza de ser imágenes especulares de los otros porque formamos parte de una misma humanidad. En otras palabras: somos un cuerpo humano conjuntando con el de las otras especies, sin cuya interacción sería incomprensible (e imposible) la dinámica biológica dada desde siempre.

El cuerpo, visto así, pasa entonces a ser parte y todo de una nueva noción antropológica, en la que como humanos ya

no estamos en el centro de la existencia, sino una realidad necesaria dentro de un equilibrio planetario en el que todos somos importantes. Ergo, el juego incomprensible e infinito que es la vida en todas sus expresiones y formas.

El siguiente texto tiene como objetivo fundamental indagar, desde el género ensayístico, en la noción del cuerpo como lenguaje universal, así como desde su articulación e interacción con el mundo de relaciones, lo que permita una visión integral de la persona que trascienda lo meramente biológico para adentrarse en la Ética. Para ello, y tomándose como herramienta epistémica el pensamiento complejo, se plantea un arte de vivir, que conduzca a la denominada hominización del ser como posible camino para la conquista de un mundo mejor.

El cuerpo como lenguaje universal

Desde el inicio de los tiempos el hombre y la mujer han buscado maneras efectivas de establecer contacto unos con otros, y esto conformó desde entonces su mundo de relaciones. No obstante, no sólo el lenguaje verbalizado ha sido la única herramienta de contacto, sino que el cuerpo se hace lenguaje también y expresa así emociones, estados de ánimo, espiritualidad y arte. Independientemente de la cultura de los pueblos, de las regiones planetarias y de los tiempos vividos, hay expresiones corporales universales, que establecen entre las personas una comunicación efectiva, aunque no se puedan entender por medio de las palabras. La negación mediante un giro o rotación de la cabeza, es comprendida sin mayores problemas en disímiles contextos; así también la afirmación al mover la cabeza de manera vertical. Indicar algo con el dedo índice implica en casi todos los ámbitos una dirección determinada, así como también el señalar a un objeto. El cruzarse de

brazos significa en diversos lugares de la tierra el cerrarse a establecer contacto, el negarse a aceptar una determinada situación, o simplemente el no querer aceptarse los argumentos de los otros.

Allan Pease en su obra *El lenguaje del cuerpo*³ estructura de manera organizada y científica la verbalización del cuerpo, y cómo debería ser interpretada a la luz de los tiempos presentes. En este sentido, el autor no sólo busca dar un significado eficaz y útil al lenguaje corporal en el entorno cercano, sino que pretende ahondar de manera importante en los referentes dados al mismo a lo largo del tiempo, y cómo se puede hacer de su comprensión e impronta algo que tenga relevancia y pertinencia en unas relaciones humanas provechosas para todos. Tal vez por ignorancia, o también por la vorágine de los días (que lleva a todos a vivir superficialmente), se dejan pasar cientos de gestos, miradas, poses y señas que emiten deliberadamente o no los interlocutores, perdiéndose (o diluyéndose) la necesidad de establecerse relaciones efectivas, afectivas y profesionales, que estén en consonancia con los deseos e intereses del conjunto.

El cuerpo habla y es a través de su integralidad cómo edificamos nuestro mundo de relaciones, y cómo a su vez construimos un mundo a la medida de todos. El lenguaje corporal ha sido reverenciado siempre. Es más, se podría afirmar sin temor a caer en tremendismos, que el lenguaje corporal es el que en definitiva mueve las grandes relaciones, y a él se debe en buena medida el éxito o el fracaso de muchas empresas humanas. Si bien es cierto que desde el ángulo de lo filosófico, de lo teológico y de lo epistémico, el ser humano es la confluencia perfecta de lo intelectual y lo espiritual, no es menos cierto también

que es a través del cuerpo cómo esas dimensiones sutiles anidan y se hacen evidentes y sensibles.

La vida se expresa a través del arte del cuerpo (y su verbo hecho piel) y el lenguaje del cuerpo se hace vida al representarla en sus más recónditos intersticios. Este binomio, comprendido en su más amplia gnoseología desde antiguo, enriquece al ser humano y también lo hominiza (ergo, lo hace más humano), ya que lo acerca al ideal planteado desde siempre. No en vano el gran teatro de la vida, inmortalizado por William Shakespeare, entre muchos otros grandes autores, nos permite recordar que la corporeidad y un arte de vida son inmanentes en su esencia: se unen, se separan, se repelen, pero también se necesitan en toda su experiencia humana y espiritual.

Un arte de vivir

Un nuevo orden civilizatorio requiere de un arte de vivir, y éste requiere a su vez de una ética mundial (o *ethos* global, como lo plantea el propio Küng)⁴:

Por ética mundial entendemos un consenso básico sobre una serie de valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes básicas personales. Sin semejante consenso ético de principio, toda comunidad se ve, tarde o temprano, amenazada por el caos o la dictadura y los individuos por la angustia.⁵

La ética, asumida como *ethos*, trae consigo la noción del yo y del nosotros, y de cómo articulamos todo esto para “vivir la vida en vez de correr tras ella.”⁶

⁴Küng, Hans. *Op. Cit.*, p.27.

⁵Küng, Hans y Karl-Josef Kuschel (*Editores*). (1994). *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las religiones del mundo*, p.23.

³Pease, Allan. (2006). *El lenguaje del cuerpo*, p. 416.

Vivir la vida es sabernos parte y todo de un cuerpo que se comprende a sí mismo y a su vez como una totalidad abierta al mundo, a las similitudes y a las diferencias con los otros, a la empatía por el dolor y el percance del otro; es la necesidad de formar parte de una humanidad que sufre en su integralidad y en su individualidad. En otras palabras: la ambivalencia y la complejidad de lo humano. “El arte difícil y necesario de vivir comporta una navegación permanente, aleatoria como todo arte, bajo la doble protección antagonista de la razón y de la pasión.”⁷ El cuerpo es en sí mismo receptáculo y emisor de humanidad; sin él somos la nada disuelta en la noche de los tiempos. El cuerpo nos conecta con el mundo físico y con el nuestro (el intrínseco, el que subyace en nosotros), desde cuya atalaya asumimos nuestra condición de intérpretes de la realidad. La visión disjunta de nuestro cuerpo atomiza a la vez nuestra noción de realidad, desarticulando la posibilidad de erigirnos en hacedores permanentes de civilidad, de punto de encuentro, de amalgama de todo aquello que nos hominiza. “La prosecución de la hominización debe concebirse como el desarrollo de nuestras potencialidades psíquicas, espirituales, éticas, culturales y sociales.”⁸ En todo caso, la importancia de la hominización (que aún se sigue dando), estriba en que “es capital para la educación de la condición humana.”⁹ Un arte de vivir sustentaría nuestro actuar sobre la base de las virtudes, deslastrándolo de los condicionantes del mundo moderno (economía, tecnociencia y desarrollo, entre otros), que hacen de nuestra existencia un pesado fardo a superar cada día, y nos impide el disfrute de la esencialidad del vivir acorde con el

entorno (familiar, social y ecológico). Un arte de vivir es el ethos fundamentado en la auténtica internalización de principios (y con ellos, de valores), que nos empuja a dejar atrás todo aquello que nos desdibuja como seres llamados a la realización, a la plenitud y a la trascendencia.

En cierta medida la dramática experiencia del Covid-19 ha posibilitado el recobrar “nuestros ritmos vitales”¹⁰, el disfrute de los momentos con nuestra propia interioridad y con la de nuestros seres queridos, así como la comprensión de una existencia que pasa a toda prisa, a causa precisamente de la velocidad que le hemos impreso a nuestros días. El disfrute de nuestro cuerpo articulado de manera perfecta con nuestro yo y con nuestro entorno, es sinónimo de plenitud y de goce, lo que se traduce en una mejor relación con nosotros mismos y con quienes nos acompañan en este incierto viaje planetario. El confinamiento nos ha interpelado como personas y como colectivo, y en ese proceso hemos tenido que reinventarnos. La conquista de un arte de vivir es la conquista de nuestro ser, que clama por su espacio y por su tiempo; es el preludeo que nos insta como humanos en medio de un mundo desbocado y que ha perdido su norte.

La visión compleja del cuerpo como receptáculo del Ser, articulado en toda su pluridimensionalidad, nos lleva a replantearnos todo lo que hasta ahora habíamos alcanzado como civilización, para recoger los pasos de una sociedad planetaria cosificada, con un excesivo “afán de lucro y (con) la supremacía de lo cuantitativo.”¹¹ En el ínterin, hemos dejado desperdigados en el camino la espiritualidad, lo inmanente y lo trascendente, la solidaridad, la empatía y el sentido de humanidad. En otras palabras,

⁶Morin, Edgar. *Op. Cit.*, p.249.

⁷*Ibidem.*

⁸Morin, Edgar y Anne Brigitte Kern. (1993). *Tierra-Patria*, p.118.

⁹Morin, Edgar. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*, p.54.

¹⁰Morin, Edgar. *La Vía. Para... Op. Cit.*, p.249.

¹¹*Ibid.*, p.248.

nos empequeñecemos en nuestra propia condición.

Reflexiones finales

El cuerpo, su interrelación y nuestra responsabilidad ante la vida, son en esencia piezas claves en la articulación de una sociedad más fraterna, en la que los condicionantes del desarrollo (economía, tecnociencia, educación y progreso), no sigan siendo excusas para no contribuir desde nuestra propia realidad con un mundo más justo y comprometido con la vida en todas sus manifestaciones. El cuerpo, como lenguaje universal, se erige así en vaso comunicante con el todo y las partes, de tal forma de que ya nada podrá ser para nosotros ajeno a nuestros propios intereses, porque nos sentimos conjuntados desde nuestras diferencias biológicas y culturales y ganados para la construcción de una realidad global distinta, que palpita en nuestros pechos, y que sus latidos sean también los de todos los que habitamos la biósfera, y cuya resultante no sea otra que la vida en toda la extensión de su significado.

Se hace urgente un arte de vivir que suscite el deseo de emular comportamientos y acciones que nos conduzcan por los senderos de la paz, del desarme, de la misericordia (no como noción religiosa, sino antropológica), lo que podría ser tal vez una utopía, pero también el comienzo de una nueva era en la que las personas nos reconozcamos como humanos, y rehagamos sin rémora los espacios para la verdadera vida, porque, en definitiva “somos una minúscula fracción interior del cosmos, que, a su vez, está en el interior de cada uno de nosotros.”¹²

¿Estamos preparados para el inmenso desafío que implica la reforma de la vida, que conlleva asumir un ethos personal

y global? Es más: ¿queremos hacerla? No estamos seguros. Sin embargo, la indagación en la interioridad del Ser continúa y surgen así nuevas interrogantes.

A manera de Epílogo

Los humanos somos una especie vulnerable, nos rompemos y morimos, es muy fácil hacernos daños físicos, morales y sentimentales, no podemos hacer lo que se nos antoje con los demás, debemos tener cuidado con ellos. La deliberación ética se impone porque somos mortales.¹³

Hans Jonas, conocido filósofo de la ética ecológica, formuló el principio de la responsabilidad en este imperativo ético-ecológico: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra”; o, expresado negativamente: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción no sean destructivos para la futura posibilidad de esa vida.”¹⁴

(...) nos sentimos impulsados por la bondad, la solidaridad, la compasión y el amor. Y simultáneamente tenemos en nosotros pulsiones de llamada al egoísmo, la exclusión, la antipatía e incluso el odio. Estamos hechos con estas contradicciones, que nos vienen dadas con la existencia. Antropológicamente se dice que somos al mismo tiempo sapiens y demens, gente de inteligencia y lucidez y junto a eso, gente de rudeza y violencia. Somos el encuentro de las oposiciones.¹⁵

Mérida, 2020.

¹²*Ibid.*, p.167.

¹³Savater, Fernando. (2012). *Ética de urgencia*, p.19.

¹⁴Boff, Leonardo. (2011). *Ecología: grito de la Tierra grito de los pobres*, p.174.

¹⁵Boff, Leonardo. (2012). *El cuidado necesario*, p.84.

Referencias Bibliográficas

BOFF, Leonardo. (2011). *Ecología: grito de la Tierra grito de los pobres*. Madrid: Trotta. (2012). *El cuidado necesario*. Madrid: Trotta.

KÜNG, Hans y Kuschel Karl-Josef (Editores). (1994). *Hacia una ética mundial. Declaraciones del Parlamento de las religiones del mundo*. Madrid: Trotta.

KÜNG Hans. (2002). *¿Por qué una ética mundial?* Barcelona: Herder.

MORIN, Edgar. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas: UNESCO, Ediciones FACES/UCV y CIPOST.

MORIN, Edgar y KERN Anne Brigitte. (1993). *Tierra-Patria*. Buenos Aires: Nueva Visión.

MORIN, Edgar. (2011). *La Vía. Para el futuro de la humanidad*. Barcelona: PAIDÓS. Estado y Sociedad.

PEASE, Allan. (2006). *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A.

SAVATER, Fernando. (2012). *Ética de urgencia*. Bogotá: Ariel.

Ricardo Gil Otaiza

Académico y escritor merideño. Es egresado de la Universidad de Los Andes como Farmacéutico. Fue decano electo de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis (2002-2005). En la actualidad, es Profesor Titular (J) de la Universidad de Los Andes. Es investigador activo en las áreas de etnobotánica, farmacognosia, educación superior, andragogía, historia, gerencia, pensamiento complejo y filosofía de la ciencia. Fue presidente de la Academia de Mérida (2016-2017 y 2018-2019) y su actual Segundo Vicepresidente. Es el creador y coordinador del *Programa de Estudio Postdoctoral Gerencia para el Desarrollo Humano* de la ULA. Dicta seminarios doctorales en diversas universidades del país. Es conferencista, cuentista, novelista, poeta, ensayista, biógrafo, crítico literario, editor y columnista del diario *El Universal* (Caracas) desde hace casi tres décadas. Ha publicado 44 artículos en revistas científicas arbitradas e indexadas y su obra bibliográfica alcanza ya los 35 libros en distintos géneros (cuento, novela, ensayo, poesía, plantas medicinales, educación, epistemología, biografía y reflexión filosófica), editados en Venezuela y, algunos de ellos, en el exterior. Es Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española.

Contacto: rigilo99@gmail.com

